De la Excelencia de la Nueva Milicia

Dirigido a los Caballeros del Templo de Jerusalem.

San Bernardo Abad de Claraval

Recopilación y adaptación de grafías arcaicas por Froilán León

PRÓLOGO

Bernardo, abad de Claraval, más solamente de nombre, a Hugo Caballero de Jesucristo y Gran Maestre de la Milicia Christiana, le desea que pelee un buen combate.

Me habéis pedido una, dos y tres veces, si no me engaño, Hugo carísimo, que os hiciese un discurso de exhortación para vos y para vuestros caballeros; y como no me es permitido servirme de la lanza contra los insultos de los enemigos, habéis deseado que al menos emplease mi lengua y mi ingenio contra ellos, asegurándome que no os daría un socorro poco considerable, si animaba por mi pluma a los que no podía animar por el ejercicio de las armas.

Confieso que he diferido por algún tiempo satisfaceros, no porque tuviese poco respeto al encargo que me hacíais, sino por el temor de que no se me notase de demasiada precipitación si hubiera emprendido con mi impericia acostumbrada; lo que otro más ilustrado que yo hubiera cumplido con mejor suceso; y así, una cosa por otra parte muy necesaria se tratase por mí con menos utilidad. Mas, en fin, viéndome hasta ahora frustrado de mi expectación, me he resuelto a hacer lo que he podido, temiendo que no se creyese que se faltaba la voluntad más que el poder.

El lector juzgará si he adelantado en la empresa o no; y si acaso mi trabajo no agradare o no bastare a alguno, no debo tener por eso mucha pena; pues que he hecho lo que me era posible para satisfacer a vuestra voluntad.

CAPÍTULO I

Alaba mucho el establecimiento de la nueva Milicia, y da excelentes consejos a todos los caballeros.

Vuela por todo el mundo la fama del nuevo género de Milicia que se ha establecido en nuestros tiempos en el país mismo, que el Hijo de Dios, habiéndose hecho visible en la carne, ha otro tiempo honrado con su presencia; a fin de que del mismo lugar de donde él arrojó por entonces los Príncipes de las tinieblas con la fuerza de su brazo, exterminase todavía hoy sus infelices ministros, que son los hijos de la infidelidad, disipándolos por el valor de estos bravos Caballeros, haciendo así aún el día de hoy la redención de su pueblo, y enarbolando nuevamente el trofeo de nuestra salud en la casa de David su siervo. Este es, vuelvo a decir, el nuevo género de milicia, no conocido en los siglos pasados; en el cual se dan a un tiempo mismo dos combates con un valor invencible: contra la carne y la sangre, y contra los espíritus de malicia que están esparcidos en el aire. Y, a la verdad, yo hallo que no es maravilloso ni raro resistir generosamente a un enemigo corporal con las solas fuerzas del cuerpo. Tampoco es cosa muy extraordinaria, aunque sea loable, hacer guerra a los vicios o a los demonios con la virtud del espíritu, pues se ve todo el mundo lleno de monjes que están continuamente en este ejercicio. Mas, ¿quién no será sorprendido de pasmo por una cosa tan admirable y tan poco usada, como es ver al uno y al otro poderosamente armado con estas dos espadas, y noblemente revestido del ceñidor militar? Ciertamente este soldado es intrépido y está seguro por todas partes, cuyo espíritu se halla armado del casco de la fe, igualmente que su cuerpo de la coraza de hierro. Pues estando fortalecido con estas dos suertes de armas, no teme ni a los demonios ni a los hombres. Yo digo más: no teme la muerte, pues que desea morir. Y en efecto, ¿qué es lo que puede hacer temer, sea viviendo o sea muriendo, a quien encuentra su vida en Jesucristo y su recompensa en la muerte? Es cierto que él combate con confianza y con ardor por Jesucristo; pero él desea todavía más morir y estar con Jesucristo, porque esto es toda su dicha. Pues, valerosos caballeros, marchad con seguridad, echad fuera con un coraje intrépido los enemigos de la cruz de Jesucristo, y estad ciertos de que ni la muerte, ni la vida podrán separados de la caridad de Dios que está en Jesucristo: rumiando con frecuencia dentro de vosotros en todos los peligros; estas palabras del apóstol: Sea que vivamos o que muramos, nosotros somos para Dios.

¡Oh con cuánta gloria vuelven del combate estos vencedores! ¡Oh con cuánta dicha mueren estos mártires en la pelea! Regocijaos, campeón valeroso, de vivir y de vencer en el Señor; pero regocijaos todavía más de morir y de ser unidos al Señor. Sin duda vuestra vida es fructuosa, y vuestra victoria gloriosa; más vuestra muerte sagrada debe ser preferida a la una y a la otra con muy justa razón. Porque, si los que mueren en el Señor, son bienaventurados, ¿cuánto más lo serán los que mueren por el Señor?

A la verdad, de cualquiera manera que se muera, sea en el lecho o sea en la guerra, la muerte de los santos será siempre preciosa delante de Dios; mas la que sucede en la guerra es tanto más preciosa cuanto es mayor la gloria que la acompaña. ¡Oh qué seguridad hay en la vida que está acompañada de una conciencia pura! ¡Oh qué seguridad, repito yo, hay en la vida que espera la muerte sin temor ninguno! ¡Oh la desea con ansia

también, y la recibe con devoción! ¡Oh cuán santa y segura es esta milicia, y cuán libre y exenta está de este doble peligro en que se hallan ordinariamente las gentes de guerra, que no tienen a Jesucristo por fin de sus combates! Porque otras tantas veces como entras en la pelea, tú que no combates sino por un motivo temporal, debes siempre estar en temor o de matar a tu enemigo en cuanto al cuerpo y a ti mismo en cuanto al alma, o quizá de ser muerto por él en cuanto al cuerpo y en cuanto al alma juntamente. Pues el peligro o la victoria del cristiano se debe considerar no por el suceso del combate, sino por el afecto del corazón. Si la causa de aquel que pelea es justa, su éxito no puede ser malo, así como el fin no puede ser bueno, si es defectuoso el motivo y no es recta su intención. Si con la voluntad de matar a tu enemigo tú mismo quedas en el puesto, mueres haciéndote homicida; y si quedas superior y haces perecer a tu contrario con el designio de triunfar de él y de vengarte, vives homicida. Pues, o sea que mueras o que vivas, sea que seas victorioso o vencido, de ningún modo te es ventajoso ser homicida. ¡Desgraciada victoria la que te hace sucumbir al vicio al mismo tiempo que triunfar de un hombre! y en vano te glorías de haber triunfado de tu enemigo cuando la cólera o la soberbia te reduce a servidumbre. Hay otros que matan un hombre sin pasión de venganza ni codicia de vencer, sino solamente por librarse del peligro. Y por lo que a mí toca, no osaría aprobar esta victoria, porque de dos males es menor el morir en el cuerpo que en el alma. De donde no es permitido concluir en manera alguna que el alma muere con el cuerpo, pues no hay sino el pecado que le dé la muerte, según esta palabra de la Escritura: «El alma que pecare, morirá».

CAPÍTULO II

Reprende los abusos y la vanidad de la Milicia secular.

¿Cuál es, pues, el fin y el fruto —no digo de esta Milicia, sino de esta malicia del siglo— cuando aquel que mata, peca mortalmente, y aquel que es muerto, perece por una eternidad? Pues, por servirme de las palabras del Apóstol, *el que trabaja debe trabajar en la esperanza de la cosecha; y aquel que siembra grano debe hacerlo en la esperanza de gozar de su fruto*. Mas decidme, valientes del siglo, ¿qué ilusión espantosa es ésta, y qué insoportable furor, combatir con tantas fatigas y gastos, sin otro salario que el de la muerte o del crimen?

Cubrís los caballos de bellas gualdrapas de seda, aforráis las corazas con ricas estofas que cuelgan de ellas; pintáis las picas, los escudos y las sillas; lleváis las bridas de los caballos y las espuelas cubiertas de oro, de plata y de pedrería; y con toda esta pompa brillante os precipitáis en la muerte con un furor vergonzoso y con una estupidez que no tiene el menor miramiento. ¿Son estos equipajes de guerra, y no más antes adornos de mujeres? ¿Qué? ¿Pensáis que la espada del enemigo tendrá respeto al oro que lleváis? ¿Que reservará vuestra pedrería, y que no será capaz de pasar esas bellas estofas de seda?

En fin, yo juzgo, y sin duda vosotros lo experimentáis cada bastante frecuencia, que hay tres cosas que son enteramente necesarias a un combatiente. Pues es menester que el prudente y valeroso caballero esté muy sobre sí para burlar los golpes del contrario; que tenga expedición y habilidad para moverse de todos lados; y que esté muy pronto para cargar sobre el enemigo. Vosotros hacéis todo lo contrario: lleváis grande cabellera al modo de las damas, que os estorba ver lo que tenéis alrededor; embarazáis las piernas con vuestros largos vestidos; envolvéis vuestras tiernas y delicadas manos con grandes vuelos.

Mas, sobre todo esto, lo que debe asustar más la conciencia de los combatientes es que ordinariamente se emprende una guerra muy peligrosa por motivos muy ligeros y de ninguna importancia. Y efectivamente, lo que suscita los combates y las querellas entre vosotros no es, la más de las veces, sino un movimiento de cólera poco razonable, un cierto apetito de vanagloria, o el avaro deseo de poseer un pedazo de tierra. No hay seguridad ninguna en matar a un hombre, ni en ser muerto él mismo por semejantes causas.

CAPÍTULO III

Elogia la nueva Milicia

Mas no es lo mismo respecto de los Caballeros de Jesucristo, pues combaten solamente por los intereses de su Señor, sin temor de incurrir en algún pecado por la muerte de sus enemigos, ni en peligro ninguno por la suya propia; porque la muerte que es dada o recibida por amor de Jesucristo, lejos de ser criminal, es digna de mucha gloria. Por una parte, se hace una ganancia para Jesucristo; y por otra, es Jesucristo mismo quien se adquiere, porque Él recibe gustoso la muerte de su enemigo en desagravio suyo, y se da más gustoso todavía a su fiel soldado para su consuelo.

Así, el soldado de Jesucristo mata seguro a su enemigo y muere con mayor seguridad. Si muere, se hace bien a sí mismo; si mata, lo hace por Jesucristo, porque no lleva en vano a su lado la espada, pues es ministro de Dios para hacer venganza sobre los malos y defender la virtud de los buenos. Ciertamente, cuando mata a un malhechor no pasa por homicida; antes bien, si me es permitido hablar así, por *malicida*: justo vengador de Jesucristo en la persona de los pecadores, y legítimo defensor de los cristianos. Y cuando él mismo pierde la vida, sabe seguramente que esto es una ventaja para él, más antes que una pérdida.

La muerte, pues, que da a su enemigo es una ganancia para Jesucristo, y la que recibe de éste, es su dicha verdadera. Un cristiano se gloría en la muerte de un pagano, porque Jesucristo es glorificado en ella; y la liberalidad del Rey de los Reyes se hace manifiesta en la muerte de un soldado cristiano, porque es quitado de la tierra para ser enteramente remunerado. A vista de aquel, el justo se regocijará viendo la venganza ejecutada. De éste dirán los hombres: “¿Quedará el justo sin recompensa? ¿No hay un Dios que es su juez sobre la tierra?”

Es cierto que no se deberían exterminar los paganos si hubiera algún otro medio para estorbar los malos tratamientos y las opresiones violentas que ellos ejercen contra los cristianos. Pero es mucho más justo ahora combatirlos, que sufrir siempre la dominación de los pecadores sobre la cabeza de los justos, de temor de que estos no se dejen llevar a cometer la iniquidad con ellos.

En efecto, si de ningún modo fuera permitido a un cristiano hacer la guerra, ¿por qué, pues, el Precursor del Salvador declaró en el Evangelio que los soldados deben estar contentos con sus pagas, y más antes no prohibió toda suerte de guerra? Y si, como es cierto, este es un empleo lícito para todos aquellos que son destinados por Dios a él, y que no están empeñados en otra profesión más perfecta, ¿quiénes, os ruego, pueden ejercerlo con más ventaja que nuestros valerosos caballeros?

Ellos, con la fuerza de su brazo y de su coraje, conservan generosamente la Ciudad de Sión, como el baluarte más fuerte de todo el cristianismo, a fin de que, habiendo echado de ella a los enemigos de la ley de Dios, las naciones fieles que guardan la verdad puedan con toda seguridad entrar allí. Que dispersen, pues, y disipen con seguridad a los infieles que buscan la guerra, y que aquellos que nos turban continuamente sean exterminados y

arrojados de la Ciudad del Salvador: todos los impíos que cometen iniquidad, que anhelan robar los inestimables tesoros del pueblo cristiano, de los cuales la Ciudad de Jerusalén es el sagrado depósito, profanar las cosas santas y poseer el santuario de Dios como si fuera heredad suya.

Que las dos espadas de los fieles sean vibradas contra las cervices de los enemigos, a fin de destruir toda altura que quiera elevarse contra la ciencia de Dios, que es la fe de los cristianos, de temor de que los gentiles no digan un día: “¿Dónde está el Dios de estas naciones?”

Entonces, habiendo sido expelidos los enemigos de su casa, Él mismo volverá a su heredad, de la cual había predicho en su cólera: “Ved aquí que vuestra casa quedará desamparada como un desierto”; y de la que se queja por la boca de su profeta con estas voces: “He dejado mi casa y he abandonado mi heredad.”

Él cumplirá esta profecía de Jeremías: “El Señor ha rescatado su pueblo y lo ha librado, y ellos vendrán y se regocijarán sobre la montaña de Sion, y gozarán con placer de los bienes del Señor.”

Alégrate, oh Jerusalén, y reconoce el tiempo de tu visita. Regocijaos y entonad cánticos de alabanzas, desiertos de Jerusalén, porque Dios ha consolado a su pueblo, ha librado a Jerusalén y ha preparado la fuerza de su brazo santo a la vista de todos los gentiles.

Virgen de Israel, tú estabas caída, y no se hallaba persona que te levantase. Levántate ahora, hija de Sion, virgen cautiva, y sal de entre el polvo. Levántate, repito, y sube sobre las más altas eminencias, y mira el consuelo y la alegría que te viene de parte de tu Dios.

Ya nunca más te llamarán desierta y desamparada, ni se dirá que tu país está en la última desolación, porque el Señor se ha agradado de ti, y tu tierra será habitada. Echa los ojos alrededor de ti y mira: todos estos pueblos se han juntado y han venido para tu consuelo.

Del lugar santo ha sido enviado este auxilio, y verdaderamente por medio de estas tropas fieles se cumple en tu favor esta antigua promesa de que ha hablado el profeta Isaías: “Restableceré en ti la gloria de todos tus siglos pasados, y una alegría que durará en las generaciones futuras. Tú chuparás la leche de las naciones y serás alimentada del pecho de los reyes.”

Y en otra parte: “Como una madre acaricia a sus hijos, del mismo modo mostraré mi ternura, y vosotros tendréis en Jerusalén un sensible consuelo.”

¿No veis cómo por muchos testimonios de los profetas es aprobada nuestra nueva milicia, y que nosotros reconocemos a la primera luz en la Ciudad del Señor de las virtudes todo lo que de esto hemos aprendido por las Escrituras santas?

Es menester, con todo eso, tener gran cuidado de que esta explicación literal no perjudique al sentido espiritual. De manera que nosotros debemos esperar por la eternidad esto que atribuimos al tiempo presente, tomando a la letra las palabras de los profetas, de temor de que las cosas que vemos no borren de nuestros espíritus las que creemos; que lo poco que

poseemos no disminuya las riquezas que esperamos; y que la seguridad de los bienes presentes no nos haga perder los del siglo futuro.

Y verdaderamente, tan lejos está que la gloria temporal de la ciudad terrestre destruya en nosotros los bienes que nos están reservados en el cielo, que, al contrario, ella sirve a establecerlos mejor, si con todo eso no dudamos en manera alguna que esta Jerusalén de acá abajo es la figura verdadera de aquella que en los cielos es nuestra madre.

CAPÍTULO IV

De la vida que tienen los Caballeros del Templo

Es menester ahora que, para ejemplo o para confusión de nuestros soldados, digamos una palabra sobre la vida y las costumbres de los Caballeros de Jesucristo, y de qué manera se portan en la guerra y en su vida particular, a fin de hacer conocer mejor la diferencia que hay entre la Milicia de Dios y la del siglo.

Primeramente, en uno y otro estado se guarda perfectamente la disciplina, y la obediencia es exacta; porque, según el testimonio de la Escritura: *“El niño que vive sin disciplina, perecerá”* (Prov. 29,15), y también: *“Es como un crimen de magia el resistir, y como el pecado de idolatría el no querer obedecer”* (1 Sam. 15,23).

Se va y se viene al primer signo de la voluntad de aquel que manda; se viste de lo que se da, y no se osa buscar en otra parte el vestido ni el alimento. No se ve nada de superfluo en el sustento ni en el vestido, contentándose con satisfacer la pura necesidad. Todos viven en común, en una sociedad agradable y modesta, sin mujeres ni hijos; y, a fin de que nada falte de la perfección evangélica, moran todos juntos, de un mismo acuerdo, en una misma casa, sin propiedad alguna particular, con gran cuidado de conservar la unidad del espíritu en el lazo de la paz.

Diríase que toda esta multitud de personas no tiene sino un solo corazón y una sola alma. Tanto es lo que cada uno de ellos procura no seguir su propia voluntad, sino obedecer puntualmente al mandato del superior. Jamás están ociosos, ni corren de aquí para allá por satisfacer curiosidades, sino que, cuando no están en marcha —lo cual sucede raras veces—, se ocupan siempre, temiendo comer ociosamente su pan: en rehacer lo que se ha roto en sus armas o en sus hábitos, en reparar lo que está demasiado viejo, en reducir a orden lo que estaba dislocado, o en trabajar en todo aquello que la voluntad del Gran Maestre o la necesidad común prescribe.

Entre ellos no hay acepción de personas, sino que se tiene consideración a las virtudes, no a la nobleza. Se anticipan en honrarse los unos a los otros, y llevan las cargas del prójimo, a fin de cumplir por este medio la ley de Jesucristo.

Una palabra insolente, una acción inútil, una risa inmoderada, una leve queja o la menor murmuración no quedan jamás sin castigo en este lugar. El juego del ajedrez y de los dados se detesta aquí; la caza está en horror, y no se pone el gusto —como en otras partes— en el vuelo de las aves de rapiña. Desprecian y tienen en horror a los cómicos y a los mágicos, los cuentos de fábulas, las canciones burlescas y todas las suertes de espectáculos y comedias, como vanidades y locuras falsas.

Llevan los cabellos cortos, sabiendo que, según el Apóstol, es vergonzoso a un hombre mantener larga cabellera. Jamás se rizan; se bañan muy raras veces; dejan sus cabellos erizados al aire de la negligencia más que del aseo, estando ordinariamente cubiertos de polvo y ennegrecidos por la cota de malla y los vehementes ardores del sol.

En lo demás, cuando están dispuestos a entrar en guerra, se fortifican por dentro con la fe y por fuera con las armas de acero, no doradas, a fin de que, armados de esta suerte, sin preciosos ornamentos, infundan terror a los enemigos en vez de excitar su avaricia.

Tienen mucho cuidado de tener buenos caballos, pero no hermosos ni ricamente enjaezados, porque piensan más en combatir que en presentarse con fausto y pompa; y aspirando a la victoria y no a la vanagloria, procuran hacerse más respetar que admirar de sus enemigos.

Sobre esto, no marchan jamás en confusión ni con impetuosidad, ni se precipitan a la ligera en los peligros, sino que guardan siempre su puesto con toda precaución y prudencia imaginable. Ellos se ponen en batalla con el más bello orden, según lo que está escrito del pueblo de Dios: *"Los verdaderos israelitas marchan en batalla con espíritu pacífico"*. Mas cuando ya han llegado a las manos, entonces ponen a un lado toda su mansedumbre ordinaria, como si dijeran: *"¿No es cierto, Señor, que yo aborrecía a todos los que os aborrecían, y que me consumía de cólera contra vuestros enemigos?"* (Sal. 138,21).

Se lanzan como leones sobre sus contrarios, mirando las tropas enemigas como rebaños de ovejas; y aunque en número muy corto, no temen en manera alguna la multitud de sus soldados ni su crueldad, enteramente bárbara.

Están igualmente instruidos en no presumir nada de sus propias fuerzas, sino en esperarlo todo del poder del Dios de los ejércitos, al cual es fácil —según el sentimiento del generoso Macabeo— entregar las filas numerosas en manos de un corto puñado de gentes, "porque no hay diferencia para Dios en librar a su pueblo con muchos o con pocos" (1 Mac. 3,18-19).

La victoria en la guerra no viene del gran número de soldados, sino que toda la fortaleza viene del favor del cielo. Esto mismo lo han experimentado frecuentemente, viendo muchas veces mil hombres puestos en huida por uno solo, y diez mil por dos solamente.

En fin, se ve hoy, por una providencia singular y admirable, que ellos son más mansos que los corderos y más feroces que los leones. De manera que, a buena fe, no acierto a decidir si deben calificarse más bien con el nombre de monjes o de caballeros; si ya no es que yo pudiera quizá más oportunamente con uno y otro nombre, pues que todos conocen que los tienen la mansedumbre de los monjes, como el esfuerzo de los soldados.

Mas, ¿qué se puede decir en este lugar, sino que es Dios mismo quien es autor de estas maravillas que vemos con pasmo delante de nuestros ojos? Dios —vuelvo a decir— es quien ha escogido para sí tales siervos, y los ha juntado desde los extremos de la tierra, de entre todos los valientes de Israel, para guardar fiel y animosamente el lecho del verdadero Salomón, es decir, el Santo Sepulcro, con la fuerza de sus armas y con su destreza en los combates.

CAPÍTULO V

Del Templo de Jerusalén

Hace la comparación del nuevo Templo con el antiguo, y le llama el refugio y el arca de los pecadores convertidos.

Hay un templo en la Ciudad de Jerusalén donde todos estos caballeros habitan juntamente, que no es, a la verdad, tan magnífico en su estructura como el famoso y antiguo Templo de Salomón, pero que no le cede en nada en cuanto al esplendor de su gloria.

Porque toda la magnificencia del primero no consistía más que en la materia corruptible del oro y de la plata, con que estaba enriquecido; en la unión maravillosa de las piedras, y en la diversidad de las maderas con que fue fabricado. Mas la grande piedad y la excelente manera de vida de los que habitan este nuevo templo hacen todo su ornamento.

Aquel era expectable por la variedad de sus colores; éste es venerable por las muchas virtudes y acciones santas que se practican en él. También la santidad es el verdadero ornamento de la Casa de Dios, que no se agrada tanto de la pulidez de los mármoles como del arreglo de las costumbres, y que ama las almas puras mucho más que las paredes doradas.

No es decir, con todo eso, que la fachada de este templo no esté adornada; pero lo está de excelentes armas, no de piedras preciosas. En vez de las coronas de oro con que los muros del antiguo estaban cubiertos, los de este están cargados de escudos impenetrables que cuelgan de todas partes.

Y esta casa está proveída de buenos arneses, de sillas de caballos, de frenos y de lanzas, en lugar de los candeleros, incensarios y vasos de que la de los antiguos sacerdotes estaba llena. Todas estas cosas hacen ver claramente que nuestros caballeros están animados del mismo celo por la Casa de Dios que manifestó en otro tiempo el gran Capitán de los Ejércitos, cuando, animado de cólera y armado, no de hierro, sino de un azote de cuerdas, entró en el templo hecho por Él mismo, arrojó a los vendedores, trastornó las mesas de los traficantes y tiró por el suelo las tiendas de los que vendían palomas, juzgando que era cosa enteramente indigna profanar la Casa de la Oración con estas suertes de negocios y tráficos temporales.

Así, nuestros piadosos caballeros, animados por este ejemplo de su Rey, y viendo que los Lugares Santos estaban manchados por los infieles con mucha mayor indignidad y de una manera más insoportable que la antigua profanación de los mercaderes del templo, se han venido a establecer en la Casa de la Santidad con sus caballos y armas.

Y después de haber echado de esta morada —así como de los demás Lugares Santos— toda la infamia y las horruras de una tirana infidelidad, se emplean día y noche en este mismo lugar en ocupaciones útiles y honestas. Ellos honran con una santa emulación el Templo de Dios, por los servicios que aquí hacen asiduamente y con sinceridad de corazón, sacrificando todos los días con devoción constante, no la carne de las bestias al modo de

los antiguos judíos, sino las víctimas verdaderamente pacíficas de la caridad fraternal, de la devota obediencia y de la pobreza voluntaria.

Estas maravillas que se obran en Jerusalén admiran a todos los pueblos de la tierra. Las islas escuchan estas nuevas, y los pueblos más remotos son arrebatados de ellas y vienen a establecerse aquí de todos los lados, del oriente y del occidente, como un torrente que viene a alegrar la Ciudad de Dios.

Pero lo que se nota aquí de más agradable y de más provechoso es que, entre esta gran multitud de personas que llegan a este lugar, veréis muy pocos que no sean malhechores, impíos, ladrones, sacrílegos, homicidas, perjuros o adúlteros. De suerte que, así como su viaje produce un doble bien, resulta también de él una doble alegría: se regocijan igualmente por su partida los del país de donde salen, y por su llegada los que vienen a socorrer con sus personas.

Así, son de utilidad a unos y a otros: a estos, presentándose para defenderlos; a aquellos, cesando de oprimirlos. De una parte, Egipto se llena de alegría por su partida; de la otra, Sion y las hijas de Judá se llenan de gozo por la protección que reciben en su llegada. Egipto se gloría de estar libre de sus manos, y Sion se ve en mayor seguridad por la fuerza de su brazo.

Aquel hace una pérdida agradable de los que le robaban con crueldad, y ésta recibe alegre a los que vienen a defenderla con fidelidad; siendo una misma causa la que produce, con igual dicha, tanto la saludable desolación de Egipto como el dulce consuelo de Jerusalén.

Así es como Jesucristo sabe vengarse perfectamente de sus enemigos, y como acostumbra triunfar no solo de ellos mismos, sino por ellos mismos, tanto más gloriosamente cuanto lo hace más poderosamente. En lo que, ciertamente, hay tanto de placer como de provecho, pues comienza a tener por protectores a los mismos que por tanto tiempo le habían sido opuestos, y hace un fiel soldado de su propio enemigo, como otro tiempo hizo de un Saulo perseguidor un Pablo predicador.

Por eso, no me admiro de que, según la expresión del Salvador, la Corte Celestial manifieste una mayor alegría por la conversión de un pecador que hace penitencia, que por la perseverancia de muchos justos que no tienen necesidad de penitencia. Porque la conversión de un pecador y de un impío es más ventajosa a muchas personas que la mala vida que antes llevaba les era nociva.

Dios te salve, pues, oh Ciudad Santa, que el Hijo del Altísimo ha santificado para morada suya, a fin de que en ti y por ti Él obrase la salud de todas las naciones de la tierra.

Dios te salve, Ciudad del Gran Rey, en la cual se han manifestado tan nuevos y agradables prodigios al mundo, casi en todos los tiempos desde su principio. Dios te salve, soberana de las naciones y princesa de las provincias, posesión de los Patriarcas, madre de los profetas y de los apóstoles, origen de la fe, gloria y honor de todo el pueblo cristiano, que Dios ha permitido que fueras fácilmente combatida, a fin de que tú misma fueras para nuestros valientes guerreros ocasión de salud, de esfuerzo y de valor.

Dios te salve, tierra de promisión, que habiendo en otro tiempo manado leche y miel en bien de tus primeros habitantes, presentas ahora a todos los pueblos del universo los alimentos de la vida y los remedios de la salud. Tierra, vuelvo a decir, buena y excelentísima, que habiendo recibido el Grano Celestial de la abundancia del corazón Paterno en tu seno fecundo, has producido de esta divina simiente un número crecido de Santos Mártires; y, no menos como un terrón fértil con exceso sobre todas las tierras, no has cesado de rendir del resto de todos los fieles ya el trigésimo, ya el sexagésimo, ya el centésimo fruto.

De donde viene que todos aquellos que te han visitado, siendo gustosamente saciados y ricamente llenos de esta gran abundancia de tu dulzura, ellos la publican por todo el mundo, y no hablan a los que no te han visto sino de la magnificencia de tu gloria y de las maravillas que se obran en ti hasta las extremidades de la tierra.

Sí, Ciudad de Dios, de ti se dicen cosas enteramente gloriosas. Más digamos nosotros ahora también alguna cosa de estas grandes delicias de que gozas, en alabanza y gloria de tu nombre.

CAPÍTULO VI

De la Ciudad de Belén

Que el Pan de los Ángeles y el Pan del Verbo de Dios es el alimento con que los animales racionales —es decir, los hombres—, reengendrados en Jesucristo, son nutridos en esta vida.

Belén, que significa Casa de Pan, es la primera que se presenta para el alimento de las almas santas; en la cual primeramente este pan vivo, que descendió del Cielo, se hizo visible después que la Virgen Santa le dio a la luz del mundo. Allí se muestra el pesebre que sirve a los piadosos animales, y en este pesebre el heno que fue producido en el prado virginal, a fin de que por este medio el buey reconozca a su Dueño, y el asno el pesebre de su Señor.

En efecto, toda carne es heno, y toda su gloria es como la flor del heno. Mas, porque el hombre, no comprendiendo el honor en que había sido creado, fue justamente comparado a los animales irracionales y se hizo semejante a ellos, el Verbo, que era el pan de los ángeles, se hizo el manjar de los animales, a fin de que aquel que había dejado de nutrirse del pan del Verbo tuviese el heno de la Carne para comer, hasta que, siendo restablecido en su primera dignidad por el Hombre-Dios, y trocado por segunda vez de bestia en hombre, pudiese decir con San Pablo: “Aunque nosotros hemos conocido a Jesucristo según la carne, no le conocemos ya de esta suerte ahora.”

Mas yo no creo que alguno pueda tener verdaderamente este lenguaje, sino aquel que ya aprendió con San Pedro, de la boca de la Verdad: “Las palabras que yo os digo son espíritu y vida, y la carne no sirve de nada.”

Ciertamente, aquel que ha encontrado la vida en las palabras de Jesucristo no se cuida ya de la carne, y es seguramente del número de los bienaventurados que no han visto y han creído. Tampoco hay sino los pequeños infantes que tengan necesidad de la leche, y las bestias a quienes el heno les sea necesario.

Mas aquel que no falta por la boca es un varón perfecto y capaz de un alimento más sólido, y él come el pan del Verbo sin ofensa, aunque con el sudor de su rostro. El predica también con seguridad y sin escándalo la sabiduría de Dios; pero solamente a los perfectos, distribuyendo las cosas espirituales a los espirituales, y no proponiendo Jesucristo y Jesucristo crucificado a los infantes y a las bestias, sino con mucha precaución y según su capacidad.

Con todo eso, no hay más que un solo y mismo manjar que, habiendo venido de los pastos celestiales, la bestia rumia y el hombre come con suavidad; que nutre a los párvulos y fortifica a los perfectos.

CAPÍTULO VII

De la Ciudad de Nazaret

Muestra cómo los judíos se contentaron otro tiempo con el olor pasajero de esta flor; pero que a nosotros su olor debe atraernos a buscar en ella también el gusto.

Se ve también cerca de este lugar la Ciudad de Nazaret, que significa Flor, donde el Verbo, que había nacido en Belén, fue nutrido como un fruto en la flor, a fin de que el olor de esta flor precediese al sabor del gusto; que este santo perfume pasase del olfato de los profetas para infundirse en las fauces de los apóstoles; y que, habiéndose contentado los judíos con sentir su fragancia muy ligeramente, los cristianos se saciasen enteramente con la excelencia de su gusto.

Con todo eso, es cierto que Natanael había sentido que el olor de esta flor era mil veces más suave que los más excelentes aromas, lo que le hacía decir: “¿Es posible que de Nazaret pueda venir alguna cosa buena?”

Mas, no estando satisfecho con sentir solamente la fragancia de este olor, siguió con gran voluntad a San Felipe, luego que éste le dio esta respuesta: “Ven y ve.”

De suerte que, encontrándose todo lleno de este perfume maravillosamente agradable, y por el atractivo de esta fragancia apasionado ya del sabor, él procuró, siendo ella misma su guía, llegar cuanto antes al goce del fruto, deseando experimentar con abundancia lo que no había sentido sino de paso, y gustar ya entonces en persona lo que antes sólo había olido a la ligera, cuando él estaba alejado de ello.

Veamos todavía si el buen olfato de Isaac no nos ha querido vaticinar algo semejante, luego que él sintió la fragancia de los vestidos de Jacob. La Escritura habla de esto en estos términos: “Al punto que él hubo sentido la fragancia de sus vestidos (de Jacob sin duda), dijo: Ved aquí el olor de mi hijo, que es el mismo que el olor de un campo fértil, al cual el Señor ha dado su bendición.”

Él sintió la fragancia del vestido, pero no reconoció la persona que lo llevaba; y, habiendo tomado gran placer en el olor que salía de este vestido, como si hubiera sido de una flor muy olorosa, no gustó la dulzura del fruto interior, quedando privado del conocimiento del misterio y de su hijo de elección.

Mas ¿a qué se dirige todo esto? El vestido es el Espíritu, y la letra de él es la carne. Pues los judíos aún ahora no conocen al Verbo en la carne, ni la divinidad en el hombre, y no han podido hasta el presente descubrir el sentido espiritual que está encerrado bajo el velo de la Letra.

Y palpando por el exterior el pellejo del cabrito, que les había expresado la semejanza del hijo mayor —es decir, del primero y antiguo pecador—, ellos no han podido llegar todavía al conocimiento de la verdad pura.

Ciertamente, aquel que venía al mundo para deshacer el pecado y no para cometerlo, no se hizo visible en la carne del pecado, sino solamente en la semejanza de la carne de pecado, a fin de que, como él mismo ha explicado, aquellos que no ven sean capaces de ver, y aquellos que ven caigan en la ceguedad.

Engañado, pues, por esta semejanza el profeta —y estando ciego aún el día de hoy— da su bendición a aquel que él no conoce, cuando él no reconoce por los milagros al que las Escrituras Santas le descubren; y tocándole con sus propias manos, atándole, azotándole y abofeteándole, permanece todavía en la ignorancia, aun después de su resurrección.

En efecto, si ellos le hubiesen conocido, jamás habrían crucificado al Señor de la gloria.

Discurramos ahora por los demás Lugares Santos brevemente, y ya que no podemos visitarlos todos, visitemos algunos, hablando sucintamente de los más considerables e insignes, pues no estamos en disposición de admirarlos cada uno en particular.

CAPÍTULO VIII

Del Monte de las Olivas y del Valle de Josafat

Enseña cómo es menester evitar la soberbia por el temor del juicio de Dios, y aplicarse a la humildad, juzgándose a sí mismo.

Se sube a la montaña de las Olivas y se desciende al Valle de Josafat, a fin de que pensemos de tal suerte en las riquezas de la divina misericordia, que no perdamos la memoria de los rigores del juicio último. Porque, sin embargo de que Dios tenga toda la propensión posible a perdonar por la grandeza infinita de su clemencia, sus juicios, con todo eso, son un abismo infinitamente profundo, que nos debe hacer conocer que Él es extremadamente terrible en los designios que tiene sobre los hijos de los hombres.

David mismo, que nos señala el Monte de las Olivas cuando dice :

> "Señor, Vos salvaréis a los hombres y a las bestias, según que habéis, Dios mío, multiplicado vuestra misericordia";

no deja tampoco en el mismo salmo de hablarnos del Valle del Juicio Universal, en estos términos:

> "Que el pie de la soberbia no venga hasta mí, y que la mano del pecador no me eche fuera de mi puesto."

Y confiesa que tiene un extremo horror a este precipicio, cuando ora de esta suerte en otro lugar:

> "Traspasad mi carne con el sentimiento de vuestro temor, pues estoy poseído de espanto a la idea de vuestros juicios."

El soberbio cae y se hace pedazos en este valle; mas el humilde desciende a él y no corre peligro. El soberbio busca excusas para su pecado, y el humilde se acusa de él, sabiendo bien que Dios no juzga dos veces una misma cosa, y que si nos juzgamos nosotros mismos, no seremos juzgados otra vez.

Por cierto, el soberbio, no considerando cuán horrible es caer en las manos del Dios viviente, se deja llevar fácilmente a buscar palabras de malicia para alegar excusas en sus pecados. Y, a la verdad, es extrema malicia no tener lástima de sí mismo, desechar la confesión —que es el único medio que nos resta después de la culpa—, y encerrar el fuego en su seno en vez de sacarlo de allí, sin querer prestar oído al consejo del Sabio, que dice:

> "Tened lástima de vuestra alma, procurando agradar a Dios."

¡Ay! ¿Cómo aquel que es malo para sí mismo podrá ser bueno para otro alguno?

Ahora es cuando se va a hacer el juicio del mundo; ahora es cuando el príncipe de este mundo ha de ser echado fuera; es decir, fuera de vuestro corazón, si, humillándoos, os juzgáis a vosotros mismos.

Pues el juicio del Cielo se hará cuando el Cielo mismo sea llamado de en alto, y la tierra desde abajo, para hacer el discernimiento de su pueblo.

Y lo que es de temer en este juicio es que seáis precipitados con el príncipe de las tinieblas y sus ángeles, si aún no os habéis juzgado. Porque el hombre espiritual, que juzga todas las cosas, no será juzgado por ninguno.

También por esto mismo el Juicio comienza por la Casa de Dios, a fin de que, llegando el Juez, halle que los suyos —que le son conocidos— han sido ya juzgados, y que no reste más juicio que hacer respecto de ellos, cuando han de ser juzgados aquellos que no están en el trabajo de los hombres, y que no son afligidos con los hombres.

CAPÍTULO IX

Del Jordán

Que las aguas del Jordán, señaladas por sus milagros, publican altamente la potencia de Dios.

¡Con qué alegría el Jordán recibe a los Cristianos, después que él tiene la gloria de haber sido consagrado por el Bautismo de Jesucristo !

Seguramente, el leproso de Siria se alejó mucho de la verdad cuando prefirió —yo no sé qué aguas de Damasco— a las de Israel, después que nuestro Jordán ha dado tantas pruebas de su obediencia a las órdenes de Dios: deteniendo su curso por un milagro enteramente evidente, quedó en seco a fin de dar libre paso, ya al profeta Elías, ya a su discípulo Eliseo, o ya —por decir algo más antiguo— al gran capitán Josué y a todo el pueblo que le acompañaba.

En fin, ¿cuál de todos los ríos ha sido jamás más ensalzado que éste, que ha recibido una consagración toda particular por la presencia sensible y manifiesta de la Santísima Trinidad?

El Padre hizo aquí oír su voz; el Espíritu Santo se hizo ver bajo la figura de una paloma; y el Hijo fue bautizado aquí en su propia persona.

Con gran razón, pues, todos los cristianos experimentan en sus almas —obedeciendo a Jesucristo — esta misma virtud que el siro Naamán sintió en su cuerpo, siguiendo el consejo del profeta.

CAPÍTULO X

Del Monte del Calvario

Que Jesucristo, habiendo sido burlado como el profeta Eliseo, ha sufrido la ignominia de la Cruz.

Al salir de Jerusalén se ve el lugar del Calvario, donde el verdadero Eliseo, después de haber sido objeto de burla por parte de los niños insensatos, ha merecido la dulce risa de la gloria eterna para aquellos de quienes dice:

> "Vedme a mí y a los niños que el Señor me ha dado."

Niños enteramente buenos, a quienes —por el contrario de estos otros maliciosos— el salmista convida a cantar las alabanzas de Dios por estas palabras:

> "Niños, alabad al Señor, alabad su santo Nombre",

A fin de que esta alabanza se halle perfecta en la boca de los santos infantes y de aquellos que están todavía al pecho de su madre; pues ella había faltado en la de los envidiosos y de los ingratos, de quienes se queja el profeta en estas sentidas palabras:

> "Yo he alimentado y ensalzado hijos, mas ellos enteramente me han despreciado."

Subió, pues, a la Cruz nuestro Calvo místico, y fue expuesto a la vista del mundo por la salud del mundo. Trabajando en borrar el pecado, con el rostro y la frente descubiertos, no tuvo dificultad en exponerse no sólo a la vergüenza, sino también al suplicio de una muerte tan ignominiosa como cruel, para librarnos del oprobio y restablecernos en la gloria eterna.

Ni esto es maravilla. Porque: ¿de qué habría de avergonzarse Aquel que de tal suerte nos ha lavado de nuestros pecados, que Él no ha sido como un agua que diluye las inmundicias y las retiene en sí, sino como el rayo del sol que las deseca y conserva su pureza?

También es Él la misma Sabiduría de Dios, que alcanza a todas partes a causa de su limpieza singular.

CAPÍTULO XI

Del Santo Sepulcro

Forma hermosos y piadosos pensamientos sobre la muerte de Jesucristo, con ocasión de hablar de su sepulcro, los cuales pueden servir de meditaciones a las almas devotas.

Entre estos santos y amables lugares, el sepulcro tiene, en cierta manera, la primacía; y se sienten no sé qué movimientos de más grande devoción en el lugar en que nuestro Señor reposó después de su muerte, que en todos los otros en que Él estuvo durante su vida.

Y aun la memoria de su muerte nos mueve con más eficacia que la de su vida a los sentimientos de piedad y devoción.

Yo juzgo que eso viene de la dulzura que apareció en aquella, en vez de que no se ve sino austeridad en ésta. De suerte que el reposo del sueño es más agradable a la flaqueza humana que el trabajo de una vida laboriosa, y la seguridad de una buena muerte más que la rectitud de la vida.

La vida de Jesucristo me ha sido dada por modelo de la mía; mas su muerte ha sido el rescate de la que yo había merecido. Aquella ha instruido mi vida, y esta ha destruido mi muerte. Su vida, a la verdad, ha sido penosa, pero su muerte ha sido preciosa; y la una y la otra me eran enteramente necesarias.

En efecto, ¿de qué hubiera podido servir la muerte de Jesucristo a quien tiene una mala vida, o la vida del mismo Salvador al que muere en estado de condenación?

¿Pensáis que aún ahora la muerte de Jesucristo libra de la muerte eterna a los que viven en el pecado hasta su muerte? ¿O que la santidad de su vida haya sacado del cautiverio a los santos padres que habían muerto antes de su venida?

¿No está, pues, escrito?:

> "¿Quién es el hombre que vivirá sin ver la muerte, y quién librará su alma del poder del infierno?"

Mas, como ambas cosas nos eran igualmente necesarias por todos modos —es decir, el vivir piadosamente y el morir con seguridad de nuestra salvación—, Él nos ha enseñado a vivir con su vida y a morir con seguridad con su muerte.

Pues murió para resucitar, y ha dado a los que mueren una esperanza cierta de resurrección. Pero añadió un tercer beneficio, sin el cual los otros no hubieran servido de nada: perdonó los pecados.

Porque, respecto de la verdadera y soberana bienaventuranza, ¿qué hubiera aprovechado cualquier rectitud o longitud de vida, aun al que no estuviera manchado sino con el solo pecado original?

Ya que el pecado ha precedido, era justo que la muerte le siguiese. En cambio, si el hombre lo hubiera evitado, jamás hubiera gustado la muerte.

Pecando, pues, el hombre perdió la vida y encontró la muerte, porque no solamente Dios lo había así predicho, sino que era verdaderamente una cosa muy justa que el hombre muriese si pecaba.

Porque ¿qué cosa hay más conforme a la justicia que la pena del talión? Siendo Dios la vida del alma, como el alma es la vida del cuerpo, es justo que, habiendo querido el alma perder el principio de su vida pecando, mortalmente, ella pierda a su vez la pesar suyo el poder de dar la vida a su cuerpo. Ella voluntariamente desechó la vida, no queriendo vivir más: es justicia pues, que ella no pueda ya darla a quien ella querría, ni del modo que ella querría.

El alma no ha querido dejarse gobernar por la bondad de Dios; justo es, pues, que su cuerpo no sea ya gobernado por ella. Si ella no ha obedecido a su Superior, ¿por qué ha de mandar a su inferior? Y pues el Creador encuentra a su criatura en rebelión, es justo también que el alma encuentre resistencia en la carne, que no estaba sino para servirla.

Así, el hombre transgresor de la ley de Dios justamente ha merecido encontrar en sus miembros —como dice la Escritura — una ley que resiste a la Ley de su espíritu y que lo reduce en servidumbre bajo la ley del pecado. El pecado, como dice la Escritura, pone una separación entre Dios y nosotros; haga, pues, la muerte también una separación entre nuestro cuerpo y nosotros.

Y como el alma no ha podido ser separada de Dios sino por el pecado, así tampoco el cuerpo ha podido ser separado de ella sino por la muerte. ¿En qué, pues, su castigo ha sido más riguroso, si no ha sufrido en su vasallo sino lo que ella había osado emprender contra su Soberano?

Ciertamente, nada era más congruente que la muerte produjese otra muerte: que la espiritual engendrara la corporal, la criminal la que debía servir de suplicio, y la voluntaria la que el hombre está obligado a sufrir a pesar suyo.

Así, habiendo sido condenado el hombre a esta doble muerte en las dos partes que le componen —la una espiritual y voluntaria, y la otra corporal y necesaria—, el Hombre-Dios, por su benignidad y por su poder, ha traído el remedio para ambas con sola su muerte corporal y voluntaria, y ha condenado las dos muertes que nosotros habíamos merecido por la única que Él ha querido sufrir por amor nuestro.

Y esto se ha hecho con toda la justicia posible, porque habiendo sido una de estas muertes el fruto del pecado y la otra la pena, Jesucristo, tomando sobre sí la pena sin haber cometido el pecado, nos ha merecido justamente la santidad por la sola muerte que Él quiso sufrir en su propio cuerpo.

En efecto, si no hubiera padecido corporalmente, no hubiera satisfecho nuestra deuda; y si no hubiera muerto voluntariamente, no habría tenido mérito alguno su muerte.

Pues, como hemos dicho ya, si el pecado es el fruto de la muerte, y la muerte la deuda del pecado, remitiéndonos Jesucristo el pecado y muriendo por los pecadores, el fruto de la muerte es destruido y su deuda enteramente pagada.

Mas ¿de dónde sabemos que Jesucristo tiene el poder de remitir los pecados? Lo sabemos ciertamente porque Él es Dios, y porque puede todo lo que quiere.

¿Y de dónde conocemos que Él es Dios? Sus milagros son de esto una prueba convincente. Además, nos fue dado el testimonio del Padre, que se hizo oír con magnificencia desde el Cielo por medio de aquella gloria brillante que apareció sobre el Monte Tabor.

Él hace cosas que son imposibles a todo otro que a Él. Y si Dios está por nosotros, ¿quién podrá estar contra nosotros? Si Dios nos justifica, ¿quién podrá condenarnos?

Si Él mismo es, y no otro, a quien nosotros confesamos nuestras culpas todos los días, diciéndole: Contra Vos solo he pecado yo. ¿quién mejor —o más bien, quién otro— podrá remitirnos el pecado que ha sido cometido contra Él? ¿Cómo no podrá hacerlo, si puede todas las cosas?

Si está en mi poder, cuando quiero, perdonar lo que se ha hecho contra mí, ¿por qué Dios no podrá remitir lo que se ha hecho contra Él? Si, pues, Él es Todopoderoso para remitir los pecados, y Él solo puede hacerlo, pues que ellos son cometidos contra Él solo, ciertamente aquel es bienaventurado a quien Él no imputa su pecado.

Así veis claramente como Jesucristo ha podido perdonar los pecados por el poder de su Divinidad?

Mas ahora, ¿quién dudará de su voluntad? ¿Pensáis acaso que aquel Señor, que se revistió de nuestra humanidad, y que ha querido padecer nuestra muerte, nos podrá rehusar su justicia? Él encarnó voluntariamente, Él padeció voluntariamente, Él ha sido crucificado, porque él ha querido, ¿y Él retiraría de nosotros su justicia?

No: Él nos ha manifestado bastante claramente que ha querido por su bondad lo que no podemos dudar que ha podido por su divinidad.

¿Y de dónde sacamos la seguridad de que Él haya destruido la muerte? De que la ha sufrido sin haberla merecido.

¿Y con qué razón se nos pediría una segunda vez una deuda que Él mismo ha pagado ya por nosotros?

Aquel mismo Señor que ha borrado la deuda del pecado, comunicándonos su justicia, ha satisfecho plenamente a la obligación de la muerte, y nos ha dado la vida.

Así, la vida retornó por la muerte misma, y la justicia ha sido restablecida por la destrucción del pecado; porque por la muerte de Jesucristo la muerte ha sido echada fuera, y su justicia nos ha sido imputada.

¿Y cómo aquel que era Dios ha podido morir? La respuesta es fácil: porque era hombre también.

¿Y cómo la muerte de este hombre ha podido satisfacer por la de todos los otros? Muy bien pudo, porque Él era también justo.

Pues verdaderamente, porque él era Hombre ha podido morir, y porque él era justo, no ha debido morir inútilmente.
Es cierto que un hombre manchado del pecado no es capaz de satisfacer a la obligación de la muerte por otro, pues que cada uno muere por sí mismo.
Mas aquel que no está obligado a morir por su propio crimen, ¿debe él morir en vano por otro?
Ciertamente, cuanto es cosa más indigna que muera aquel que no ha merecido la muerte, tanto es cosa más justa que viva este por quien aquel dio la vida.

Mas ¿qué justicia hay —decís vos— en que el inocente muera por el culpable?
Yo confieso que esto no es justicia, pero es misericordia.
En efecto, si esto fuera justicia, él no moriría gratuitamente, sino por obligación;
y si esto fuera por obligación, a la verdad él moriría, mas aquel por quien él moría no viviría.
Y si hay justicia en esto, tampoco hay nada contra la justicia:
de otra suerte la justicia y la misericordia no podrían hallarse juntas en una misma persona.
Más, aunque un justo pueda satisfacer por un pecador sin injusticia, ¿Como uno solo puede satisfacer por muchos? Pues parece bastante para guardar la justicia que la muerte de uno dé a otro la vida.

Escuchad la respuesta del Apóstol:
«Así como por el pecado de un solo hombre cayeron en la condenación todos los hombres,
así por la justicia de uno solo los hombres reciben la justificación de la vida.
Pues del mismo modo que muchos se hicieron pecadores por la desobediencia de un solo hombre, así muchos serán hechos justos por la obediencia de uno solo.»

Mas, ¿puede ser que uno solo haya podido dar la justicia a muchos y no la vida?
Sin embargo, el Apóstol dice:
«Que la muerte ha entrado por un hombre en el mundo, y la vida por otro hombre,
y que así como todos murieron en Adán, así todos también serán vivificados por Jesucristo.»

¿Qué? ¿Habiendo pecado uno solo, todos se han hecho culpables, y la obediencia de otro no podría aprovechar más que a uno solo?
¿Es posible que la justicia de Dios sea menos poderosa para socorrer que para condenar?
¿O que Adán haya tenido más poder para el mal que Jesucristo para el bien?
¿El pecado de Adán me será imputado, y la justicia de Jesucristo no me aprovechará de nada?
¿Me ha perdido la desobediencia del primero, y no me restablecerá la obediencia del segundo?

Pero —decís vos— hay mucha razón para que todos nosotros hayamos contraído la culpa de Adán, pues que nosotros todos hemos pecado en él; por cuanto nosotros estábamos todos encerrados en él cuando él pecó, y nosotros todos hemos sido engendrados de su carne por la concupiscencia de la carne misma.

Mas, ¿quién duda que el nacimiento según el espíritu, que nosotros hemos tenido de Dios, no nos sea tanto más íntimo que aquel que hemos tenido de Adán según la carne, siendo cierto que nosotros habíamos estado en Jesucristo según este espíritu mucho antes que estuviésemos en Adán según la carne?

Con tal que, sin embargo, nosotros confiemos ser del número dichoso de aquellos de quienes el Apóstol, hablando del Padre respecto de su Hijo, dice: «El cual nos ha elegido en él antes de la creación del mundo.»

El Evangelista San Juan da también testimonio del nacimiento que nosotros hemos recibido de Dios, cuando él habla de aquellos: «Que no han tenido su nacimiento de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios mismo.»
Y todavía en su primera carta dice: «El que es nacido de Dios no peca, porque la generación celestial le conserva.»

Mas —decís vos— la concupiscencia carnal testifica que él saca su origen de la carne; y el pecado que sentimos en esta carne prueba manifiestamente que según la carne descendemos de la carne de un pecador.

Yo convengo en esta verdad; pero la generación espiritual se hace sentir en el corazón, y no en la carne; y solo en aquellos que pueden decir con San Pablo: «Nosotros tenemos el sentido y el espíritu de Jesucristo.»

En el cual ellos conocen también que han hecho un progreso tan grande, que no temen decir con toda la confianza posible: «Su espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios.» Y todavía: «Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios, a fin de que conozcamos los dones que él nos ha hecho.»

Por el espíritu, pues, que es de Dios, la caridad ha sido difundida en nuestros corazones, del mismo modo que por la carne que viene de Adán se insinúa y se derrama la concupiscencia en nuestros miembros. Y así como esta, que se saca del padre de los cuerpos, no se aleja jamás de la carne durante esta vida mortal, así la primera, que viene del Padre de los espíritus, no deja jamás de acompañar las intenciones de los hijos que están en la perfección.

Sí, pues somos nacidos de Dios y elegidos en Jesucristo, ¿qué justicia habría en que la generación humana y terrena fuera más poderosa para dañar que la divina y celestial para hacernos bien? ¿En que la extracción de la carne superase la elección de Dios, y en que la concupiscencia carnal, comunicada en el tiempo, prescribiese al designio que Él ha tenido toda la eternidad?

Pero más aún: si la muerte acaeció por un hombre, ¿por qué la vida no nos será dada por un hombre, y un hombre tal como es Jesucristo? Si todos hemos muerto en Adán, ¿por qué no seremos todos vivificados en Jesucristo, y de una manera mucho más eficaz?

En fin, no es lo mismo del delito que de la gracia; porque nosotros hemos sido condenados por el juicio de Dios por un solo pecado, en vez de que nosotros somos justificados por la gracia después de muchos pecados.
Es, pues, verdadero que Jesucristo ha podido remitir los pecados porque Él es Dios, y ha podido morir porque Él es hombre; y que muriendo Él ha podido satisfacer la obligación que teníamos de morir, porque Él es justo. Y, en fin, que Él solo ha sido capaz de merecer la justicia a todos los hombres, y la vida también; pues que de un solo hombre había procedido en todos los hombres así el pecado como la muerte.

Mas también ha sido enteramente necesario que este Hombre, retardando su muerte, quisiera por algún tiempo conversar entre los hombres, a fin de que, por las instrucciones frecuentes y llenas de verdad, Él les pudiera elevar al conocimiento de las cosas invisibles; les fortificase en la fe por sus obras milagrosas, y les formase en las buenas costumbres por la santidad de sus acciones.

¿En qué, pues, este Hombre-Dios, que ha tenido siempre una vida arreglada, justa y santa delante de los hombres; que ha predicado siempre la verdad, obrado prodigios y sufrido mil indignidades —en qué, repito yo, nos ha faltado la menor cosa en todo lo que era necesario para nuestra salud?

Y si nosotros añadimos también la gracia de la remisión de los pecados, es decir, la remisión gratuita de nuestros crímenes, ¿no es esto seguramente la consumación perfecta de la obra de nuestra salud? Ciertamente, no hay por qué temer que a Dios le falte el poder, o que en Jesucristo, que ha sufrido, y ha sufrido con tanto exceso por los pecadores, falte la voluntad para perdonarles sus pecados; con tal que, sin embargo, tengamos el cuidado que debemos tener de seguir sus ejemplos, de venerar sus milagros, y de no hacernos rebeldes a su doctrina, ni ingratos a sus sufrimientos.

En fin, todo lo que Jesucristo ha hecho por nosotros nos ha sido meritorio; todo nos ha sido necesario y ventajoso para nuestra salud: su flaqueza misma no nos ha sido menos útil que su majestad. Porque si ha sido por la potencia de su divinidad que Él nos ha sacado de la cautividad del pecado, ha sido también por la flaqueza de su carne que, muriendo Él, ha destruido todos los derechos de la muerte. Por lo que hermosamente dijo el Apóstol: «Lo que parece flaqueza en Dios es más fuerte que los hombres.»

Mas aún esta necedad, por la cual a Él le ha placido salvar el mundo, a fin de combatir la sabiduría del mundo y confundir a los sabios —pues que teniendo Él la naturaleza de Dios, y siendo igual a Dios, se abatió a sí mismo, tomando la forma de siervo; siendo rico de todas maneras, se hizo pobre por nuestro amor; de grande, pequeño; de elevado, humilde; y flaco de todopoderoso que era—, Él ha padecido el hambre y la sed, se ha fatigado en los caminos y ha sufrido una infinidad de miserias voluntariamente y no por necesidad. Esta especie de necedad, vuelvo yo a decir, ¿no ha sido para nosotros un camino de sabiduría, un modelo de justicia y un ejemplo de santidad, según lo que dice el mismo Apóstol: «Lo que parece una necedad en Dios es más sabio que los hombres»?

Tan cierto es que la muerte nos ha librado de la muerte, la vida del error, y la gracia del pecado. Así, la muerte ha consumado su victoria por la justicia, porque habiendo el Justo satisfecho por una deuda que Él no había contraído, ha justamente merecido recibir lo que era perdido de antes. La vida ha satisfecho por la sabiduría a lo que era de su deber,

cuando ella nos ha dado las instrucciones de la verdad y el ejemplo de la santidad de la vida que nosotros debemos tener; y la gracia ha remitido los pecados por la potencia de que acabamos de hablar, porque ella ha hecho absolutamente todo lo que ha querido.

La muerte de Jesucristo, pues, ha sido la muerte de mi muerte, pues que Él ha muerto para que yo viva.

Y de hecho, ¿cómo sería posible que aquel por quien la vida ha sido muerta no viviese? ¿Quién, pues, temerá engañarse en el camino de la virtud y en el conocimiento de la verdad, teniendo la Sabiduría por guía y por conductora?
¿Quién será tenido por culpable después de haber sido absuelto por la Justicia?

Jesucristo es quien da este testimonio de sí mismo en el Evangelio, cuando dice:
«Yo soy la Vida.»
Y el Apóstol San Pablo es quien nos asegura de las dos cosas siguientes, cuando habla de Jesucristo en estos términos: «Él nos ha sido dado por Dios Padre para ser nuestra justicia y nuestra sabiduría.»

Pero si la ley del Espíritu y de la vida en Jesucristo nos ha librado de la ley del pecado y de la muerte, ¿de dónde viene que nosotros estamos sujetos todavía a la mortalidad?
La razón es que la verdad de Dios se cumpla: pues como Dios ama la misericordia y la verdad, es preciso necesariamente que el hombre muera, pues que Dios lo había declarado así; y es menester también que él resucite de la muerte a la vida, a fin de que Dios no se olvide de tener misericordia.

Sin embargo, aunque la muerte no tenga un imperio perpetuo sobre nosotros, con todo eso lo tiene por un tiempo, a causa de la verdad de Dios; así como el pecado no es destruido enteramente en nosotros, aunque ya no ejerza tan poderosamente su tiranía en nuestro cuerpo mortal.

Por eso, San Pablo se gloría de estar en parte librado de la ley del pecado y de la muerte, y por otro lado se queja de las miserias y penas que siente algunas veces de la parte de la una y de la otra ley, cuando clama contra los ataques del pecado por estas palabras lastimosas:
«Yo siento otra ley en mis miembros», o cuando gime por las miserias que le afligen, que son sin duda la ley de la muerte, aguardando con ansia la libertad de su cuerpo.

En lo demás, de cualquiera manera que los cristianos consideren todas estas cosas u otras semejantes a ellas, que pueden venirles en pensamiento con ocasión del Santo Sepulcro —pues cada uno abunda en su sentido sobre asuntos de esta naturaleza—, yo juzgo que aquel que se halla sobre estos lugares y que los ve en propia persona, no dejará de sentir una dulzura de devoción muy sensible en su alma; y que la vista corporal del lugar mismo del reposo del Señor le será extremadamente provechosa.

Pues aunque este Sepulcro esté privado ahora de la posesión de sus miembros sagrados, no deja, con todo eso, de estar lleno de nuestros agradables misterios. Yo los llamo nuestros, y muy nuestros, con tal que nosotros los abracemos con tanta afección como tenemos de seguridad en las palabras del Apóstol, cuando dice: «Nosotros hemos sido sepultados con Él por el bautismo para morir por Él, a fin de que, así como Jesucristo ha

resucitado por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en una nueva vida. Pues si nosotros hemos sido injertados en Él por la semejanza de su muerte, nosotros lo seremos también por la semejanza de su resurrección.»

¡Ah!, qué cosa tan dulce para los peregrinos, después de haber sufrido las grandes fatigas de un largo viaje, después de haber escapado de una infinidad de peligros a que se habían expuesto por mar y por tierra, el reposar, en fin, en el mismo lugar en que ellos reconocen que su mismo Señor ha sido puesto en depósito.
Ciertamente, yo creo que por entonces reciben una alegría tan grande, que no sienten ya del todo ni las fatigas del camino ni el gravamen de sus gastos, sino que, según el pensamiento de la Escritura, se transportan de gozo luego que han llegado al Santo Sepulcro, que miran como la recompensa de sus trabajos y el premio de su carrera.

Mas no penséis que sea por caso fortuito ni súbitamente, ni por el rumor común de un pueblo engañado, que este Santo Sepulcro se haya hecho tan recomendable para todo el mundo, pues que el profeta Isaías lo había predicho tan claramente muchos siglos antes, en estos términos: «En este tiempo se elevará de la raíz de Jesé un príncipe que mandará a las naciones, y ellas dirigirán sus oraciones a Él, y su sepulcro será glorioso.»

Así vemos efectivamente cumplido lo que ha sido predicho por los profetas: Y si esto es una cosa nueva para aquel que lo ve con sus ojos, es antigua para aquel que ha leído las Escrituras. De suerte que, si la novedad da alegría al peregrino, la antigüedad también no deja de confirmarle con su autoridad. Y sea esto bastante por lo que mira al Santo Sepulcro.

CAPÍTULO XII

DEL PUEBLO DE BETFAGÉ

Enseña una doctrina muy útil para la confesión de los pecados.

¿Qué diré yo del lugar de Betfagé, que era la mansión de los sacerdotes, y que yo casi había puesto en olvido, aunque comprende, con todo eso, así el sacramento de la confesión como el misterio del ministerio sacerdotal?

Betfagé significa *Casa de la boca*. Y está escrito:

> “La palabra está cerca de vuestra boca y de vuestro corazón.”

Tened presente que esta palabra no está en el uno ni en el otro solamente, sino juntamente en entrambos. Así, la Palabra produce la contrición saludable en el corazón del pecador, y esta misma palabra en la boca destruye la vergüenza perniciosa, a fin de que ella no estorbe la confesión que le es enteramente necesaria.

De donde viene que la Escritura declara:

> “Hay una vergüenza que trae pecado, y una vergüenza que trae gloria.”

La vergüenza útil es la que nos da la confusión de haber cometido el pecado, o de cometerlo actualmente; y hace que, sin embargo de que nadie acaso haya podido ser testigo de vuestra acción, respetéis con todo eso la vista de Dios más que la de los hombres, con tanto mayor atención cuanto sabéis que Dios os es mucho más presente que la criatura, y que el pecador le ofende tanto más gravemente cuanto el pecado le es más esencialmente opuesto.

Sin duda, esta vergüenza destierra el oprobio y dispone la gloria, cuando ella enteramente no consiente al pecado, o que, habiéndolo cometido, lo castiga por la penitencia y lo echa fuera por la confesión. Sí, con todo eso, es el testimonio de nuestra conciencia lo que hace todo el motivo de nuestra gloria.

Pero si alguno tiene vergüenza de confesar el pecado de que a él le pesa, esta vergüenza produce el pecado y destruye la gloria que viene del testimonio de la conciencia, cuando esta necia conciencia, teniendo cerrada la boca, estorba que la lengua ponga fuera el pecado que la compunción se esforzaba a arrojar del fondo del corazón.

En vez de eso, a ejemplo de David, debía más antes clamar:

> “No estorbaré a mis labios hablar, Señor, Vos lo sabéis.”

También de este pudor necio e irracional, según yo pienso, el rey penitente se hace esta reprensión:

> “Porque yo estuve callado, la corrupción se envejeció en mis huesos.”

Lo que igualmente le hace desear que se ponga una puerta de circunspección a sus labios, a fin de que sepa abrir su boca para la confesión y cerrarla para las excusas. En fin, pide abiertamente esta misma gracia a Dios, sabiendo muy bien que “la confesión y la magnificencia es obra suya.”

Ello es cierto que es un gran bien esta doble confesión, por la cual no ocultamos nuestra malicia y anunciamos la magnificencia de la bondad y de la potencia divina igualmente; más también esto es un puro don de la liberalidad de Dios.

Por eso, Él le habla en estos términos:

> “Señor, no permitáis que mi corazón se deje llevar a las palabras de malicia,
> para buscar excusas a mis pecados.”

Es, pues, muy necesario que los sacerdotes, como ministros que son de Dios, tengan un cuidado muy particular de estas dos cosas:
— insinuar las palabras de temor y de contrición en los corazones de los pecadores con tanta moderación, que ellos no se espanten ni se retiren de la confesión de sus pecados y de tal suerte abran los corazones que no cierren sus bocas.

— Y que no den la absolución sino a los que, estando verdaderamente compungidos, se hayan confesado de todos sus crímenes.

Pues que, según la máxima del Apóstol:

> “Es menester creer de corazón para ser justificado, y confesar de boca para ser salvado.”

De otra suerte, la confesión no sirve más al muerto que al que no es enteramente vivo.
Cualquiera, pues, que tiene la palabra en la boca y no la tiene en el corazón, o la tiene en el corazón y no la tiene en la boca, es o soberbio o tímido.

CAPÍTULO XIII

DEL BURGO DE BETHANIA

Recomienda la obediencia y la desconfianza de sí mismo.

En lo demás, aunque yo me apresuro a acabar, no debo de ningún modo pasar en silencio la *Casa de la Obediencia*, que se significa por el nombre de *Bethania*, que era el castillo de María y de Marta, donde Lázaro fue resucitado; y que nos representa la figura de la vida activa y contemplativa, y nos recuerda el lugar en que la infinita bondad de Dios, respecto de los pecadores, se manifestó con tanto esplendor, y la virtud de la obediencia se halló tan dichosamente junta con los frutos de la penitencia.

Basta, pues, que en este lugar nosotros advirtamos sucintamente que ni la práctica de las buenas obras, ni el reposo de una santa contemplación, ni las lágrimas de la penitencia, jamás serán agradables fuera de Bethania, a aquel Señor que hizo tanta estima de la obediencia, que quiso más perder la vida que esta virtud, habiéndose hecho obediente a su Padre hasta la muerte. Estas son, sin duda, aquellas riquezas que el profeta Isaías nos promete sobre la palabra del Señor:

> "Dios consolará a Sión, y la relevará de todas sus ruinas; Él trocará su desierto en lugar de delicias, y su soledad se hará el jardín del Señor. No se verá en ella sino gozo y alegría, acciones de gracias y cánticos de alabanzas."

Estas delicias del orbe, pues, este tesoro celestial, esta heredad de los pueblos fieles, han sido confiados a vuestra fe, carísimos míos, y se han encomendado a vuestra prudencia y vuestro valor.

Y vosotros seréis capaces de guardar seguramente y fielmente este sagrado depósito, con tal que no presumáis nada de vuestra prudencia ni de vuestra fuerza, y que pongáis toda vuestra seguridad en el socorro de Dios. Pues debéis saber que el hombre no debe sacar su apoyo de su propia fuerza, y por tanto debéis decir con el Profeta:

> "El Señor es mi fuerza, mi refugio y mi libertador."

Y también:

> "Conservaré mi fuerza para Vos, oh Dios mío, porque Vos sois mi protector, y vuestra misericordia me prevendrá."

Y todavía:

> "Señor, no nos deis la gloria; no nos la deis, sino dadla solamente a vuestro nombre."

A fin de que aquel Señor, que dirige vuestras manos a la guerra y vuestros dedos al combate, sea bendecido en todas las cosas.